

el invitado

JAVIER REVERTE_Escritor

En defensa del turista

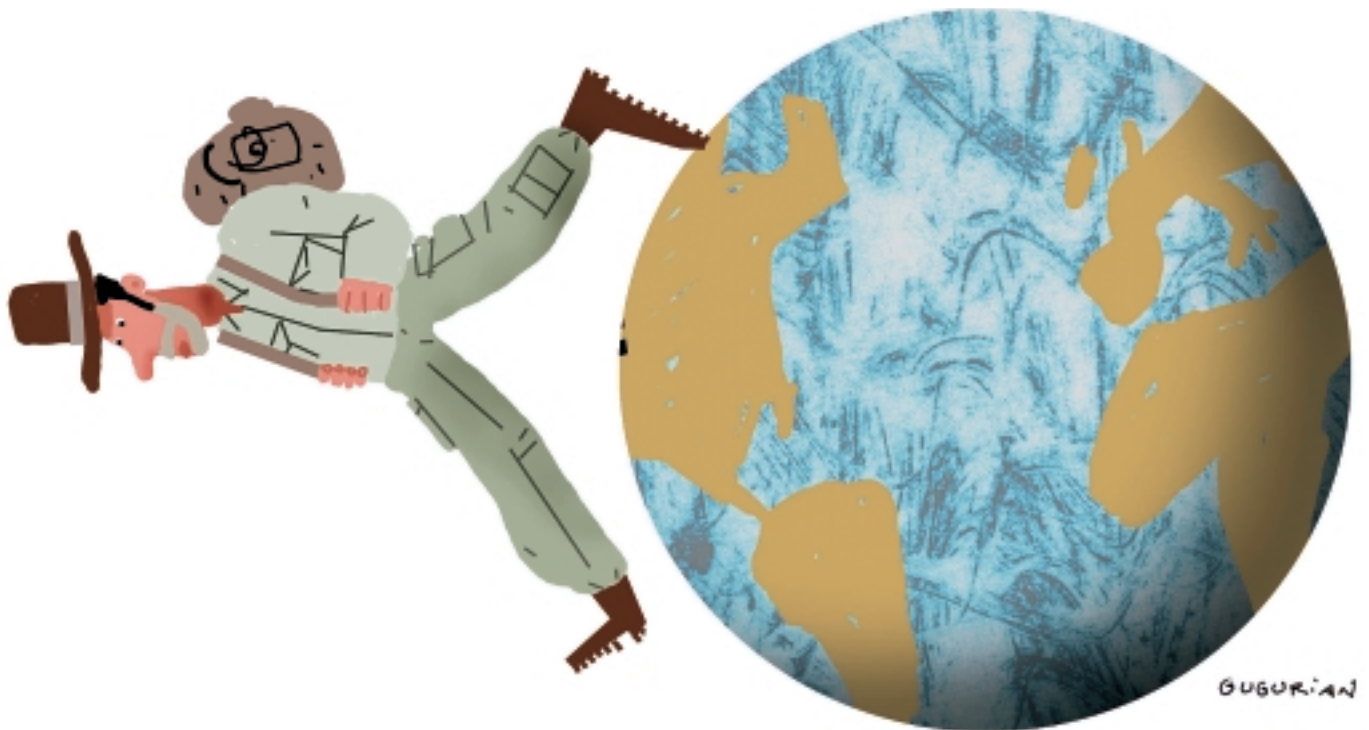
Siempre me ha fascinado el interés de algunos lectores, que se manifiesta sobre todo durante los coloquios que siguen a mis intervenciones en ocasionales conferencias, por saber qué diferencias considero que existen entre un viajero y un turista. Sé de dónde proviene el interés por delimitar tales campos: de algunos profesionales del viaje que se empeñan en mostrarse como depositarios de la filosofía íntima del viaje, una especie de tipos dados a enaltecer el vagabundeo de tintes épicos y a perfumarse con el aroma de la aventura en solitario, mientras que el resto de los que se echan mundo adelante son simplemente, para ellos, gentes que aman la masificación, los tópicos, la seguridad de los buenos hoteles y un programa de viaje cerrado. “Yo soy un viajero; no un turista”, dicen altaneros, como si los turistas fuesen unos pobres diablos empeñados en recorrer el mundo con los ojos cerrados.

Esos tipos que airean un estilo vital a medio camino entre “Camel Trophy” y “al filo de lo imposible” me consideran uno de los suyos. Por eso, sienten un hondo desconcierto cuando, al escuchar esa pregunta sobre la diferenciación entre turista y viajero, respondo que todos somos turistas. Lo creo firmemente, además. El propio término turista viene

de “tour”, o sea, de dar vueltas. Es lo que todos hacemos cuando vamos mundo adelante, dar vueltas de un lado a otro, que no es una forma de mostrar un cierto despiste, sino la mejor de las maneras de viajar. Dar vueltas es, al fin, entretenerse más de lo debido en cualquier actividad y sobre todo, en el curso de un viaje, prolongar más allá de lo correcto tu caminar sin tino. Pero esa actitud, que pudiera tomarse como una simple pérdida de tiempo, a mí me parece que es la esencia misma del alma del viajero. Ya lo decía con sapiencia suprema Robert Louis Stevenson: “Lo importante no es llegar, sino ir”. Más o menos era, también, la filosofía íntima que impregnaba el famoso poema *Ítaca*, de Constantino Cavafis, uno de los cantos preferidos de todo trotamundos:

“Ítaca..., llegar allí es tu sino,
pero no apresures el regreso...”.

Sucede, sin embargo, que no todos los turistas tienen la ocasión de demorar su viaje en el tiempo, aunque sospecho que a la mayoría de ellos les gustaría hacerlo. Las exigencias de la vida cotidiana obligan a muchos de nosotros cumplir rigurosos horarios de trabajo y periodos estrictos de tiempo. ¿Quién tiene hoy un par de meses o tres para largarse con la música a otra parte, dando vueltas como una peonza y sin plantearse una fecha precisa de regreso?



Muy pocos. De modo que, en mi opinión, solamente valdría destacar una diferencia de alguien a quien podríamos calificar de viajero con respecto al turista: aquel que, viajando como cualquier turista, puede permitirse el lujo de no llevar cerrado el billete de vuelta.

Pero el recorte del tiempo en cualquier viaje no es, a la postre, un inconveniente insalvable para el disfrute de un viaje. Viajar significa, sobre todo,

Todos viajamos a bordo de los sentidos y en el mundo de las sensaciones no hay turistas o viajeros

de cualquier forma que se haga, aventurarse en terreno desconocido. Todo viaje es una aventura, pequeña o grande. Y no empleo aventura en su sentido de riesgo, sino simplemente como una actitud que comporta enfrentarse a lo que se ignoraba hasta ese momento.

Cualquiera de nosotros, humildes turistas, al viajar nos asomamos a mundos de los que teníamos tan sólo una referencia escrita o visual, pero que no conocíamos por nosotros mismos. En cierta manera, viajar es parecido al amor: nos pueden contar con toda suerte de detalles que significa enamorarse, pero hasta que no nos sucede no sabemos qué es en toda su hondura. De la misma forma, ya nos pueden otros describir con detalle un paisaje de un lugar remoto; pero hasta que no ponemos allí los pies no podemos alcanzar a saber la emoción que nos produce.

Porque al final, todos viajamos a bordo de los sentidos: para poner en juego nuestro olfato, tacto, vista, gusto y oído con lo que nos circunda. Y en el mundo de las sensaciones, no hay turistas o viajeros. Hay seres humanos curiosos se que se echan mundo adelante para saber más sobre la vida y para percibirla con mayor intensidad.